

A través del espejo

Poética del agua, 1

Hugo Hiriart

Las curvas son demasiado emocionales.
Piet Mondrian

De los cuatro elementos, agua, tierra, fuego y aire, el más femenino me parece el agua. ¿A ti no? El agua es feminidad destilada. Pero, ¿qué química es ésta? ¿Tiene sentido atribuirle feminidad a un elemento? Creo que sí, pero no entiendo bien por qué. Para aclararlo escribo esta página.

Agua no es sólo agua de la llave, líquido domesticado, el más inofensivo y útil de todos, que nos limpia, refresca y sustenta. La comprensión del agua no se agota en esa agua nuestra de cada día. En nosotros hay significados más arcaicos que forman un conjunto de símbolos de gran complejidad y riqueza. Porque entre los grandes arquetipos que pueblan el alma humana, mediante los cuales hacemos inteligible el mundo, está el agua.

En este sentido, el agua es una partitura que admite numerosas variantes. Una, para coros y gran orquesta, es el mar, el mar inmenso e inquieto, espejo del cielo. Otra, lo que por excelencia fluye, el río, y otra la lluvia plural y una, y el hielo duro del *iceberg*, “augustos budas congelados navegando en mares desconocidos, catedrales sin religión del invierno eterno”, los ha llamado Michaux, y a la nube, agua de pluma. Una es el agua que alivia y fortalece, y otra la que crece enloquecida, muerde los puentes y mata, agua de diluvio universal en la ola verde del huracán. Y de todo esto sabemos muchas cosas.

Sabemos, por ejemplo, que en la impecable claridad del agua están, indiferenciadas, todas las formas. En el líquido primordial flotan las posibilidades de ser y alentar en condición de preexistencia indiferenciada. Y ahí, en esta latencia primordial, está el origen de todo. De aquí el significado del

bautismo: la inmersión en las aguas significa la regresión a lo preformal, es decir, la disolución de las formas y la reintegración a un modo indiferenciado de preexistencia. Y, por eso, la salida del agua original puede significar cobrar forma renovada, esto es, un nuevo nacimiento. Para renovarte, te disuelves primero.

Así, el agua simboliza la madre universal, creadora y sustentadora de cuanto existe. Lo húmedo es vida, lo seco, muerte. Pero los significados del agua no se agotan aquí.

El agua no sólo es germinadora; también, cuando se muestra en su papel de caudal y torrente, es prototipo de lo que fluye. Fluir, fluir, el arquetipo recoge así el sentido de la inmovilidad como muerte. Hasta el agua misma se corrompe y muere si pierde el fluir que la repristina. Todo cambia, todo fluye, nada permanece. Ser es fluir. De esta manera, el arquetipo se asimila con la luna, que al mudar en fases muestra su fluir. Y, por lo tanto, con la mujer cuyo ritmo de fertilidad coincide en duración con las fases de la luna.

Se ha dicho, con razón, que el pensamiento mítico tiene horror a lo lineal. El

ritmo del mundo es siempre circular, cíclico: empieza, termina y vuelve a comenzar. Su paradigma son las estaciones, que incluyen el invierno donde todo muere. Otra vez, para renovarse, se disuelve. Los rituales de fertilidad que acompañan y propician el buen desarrollo de estos ciclos pueden rastrearse en todas las culturas y admiten incontables variantes.

“Por eso”, escribe Mircea Eliade, “desde la prehistoria, el conjunto agua-luna-mujer era percibido como el circuito antropocósmico de la fecundidad. En los vasos neolíticos, el agua era representada por el signo vvv que es también el más antiguo jeroglífico egipcio para la corriente de agua”.

Y si esto no bastara para mostrar la feminidad del agua, entonces, mírala correr, mira sus briosas texturas, lisa como la seda o arremolinada aquí y allá en rizos de cordero, y mira cómo ese cuerpo se desliza como alegría de muchacha. Imposible que la gracia sea masculina cuando, como dice Díaz Mirón:

Así, sumergida en la oculta vena,
El agua pura se levanta y suena
En curva de cristal... **u**



J.W. Waterhouse, *Hylas y las ninfas*, 1896